

Andrés Utello

Troncos



Enebro

Andrés Utello

Wuwei



Enebro


La Llama Que

Enebro

2005, Andrés Utello

Arte de tapa e ilustraciones: Ricardo Burgos



Andrés Utello

Enebro

*“Si como el griego afirma en el Cratilo
el nombre es arquetipo de la cosa,
en las letras de rosa está la rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo.”*

El Golem, Jorge Luis Borges

Soy un hombre
en pie de guerra
un animal herido
que se yergue
a golpear el dolor
en sus dos rostros.
Soy un grito
en la pradera,
el sexo
 de los espinillos
río que baja
por tu espalda.
Soy un hombre
en pie de guerra,
un relincho
una tormenta
nacido y muerto
en el relámpago,
en los extraños signos
de la palabra
grabada
 en el enebro.

Un dragón me acecha
en la espesura
de todo lo que soy,
de lo que he sido.

Y sale mucho fuego
de la luna
y la noche es desierta
sin tu pelo.

Un dragón me observa
con su pena
y mi pena lo observa
estremecida.

Somos lo mismo.

Aunque usemos máscaras de hielo
somos lo mismo,
una palabra desnuda,
un tacto,
nuestros cuerpos temblando
por la tarde.

Somos simplemente
lo mismo,
vino que embriaga
el universo.

Que se moje la tierra
que se moje
la espalda del monte
y tu silencio
que corra un río sobre esta soledad
que se refresque la tarde
¡Tanta menta!
Que se llegue
que se abrace
que un viento suave
nos conmueva
que llegue por aquí
la lluvia
que se moje tu boca
con el color de la verbena.

Vengo de todos los desiertos,
ajeno, enajenado.

Como dispuesto a la soledad
a tu mirada,
a los campos sin flores
y a la luna.

Vengo de todos los desiertos,
de la sal
de la cintura mansa
de la arena,
del silencio mineral
de tu tristeza.

Vengo de todos los desiertos
con la intacta frescura
de encontrarte.

Digo azul y el cielo
es un relincho claro.

Digo agua
y otra vez vuelvo a nombrarte.

San Telmo

En medio de la gente
canta un pájaro
en medio del calor
de la rutina
de la insostenible
sensación de existir
con tanta prisa.

En la rama
más alta del mundo
un pájaro canta
y llueve levedad
sobre el asfalto.

Hay humedad y hastío
soledad en las calles
chorreando por la gente.

Vendrán los amigos
a este bar?

Mientras la tarde
se rompe contra el vidrio
y uno espera
mucho espera,
en el borde de mi vaso
un pájaro canta
embravecido.

Norte

Otra vez
la tormenta no llega
es de fuego la tarde
se hincha la tierra
como un animal, jadea
y lejos una nube
se disuelve en un poco
de mis ojos.
No llueve.
No llueve nunca
se prepara el grito
y no se da
sólo un viento
que nos aleja tanto
tanto

La patria es este cielo
bajo un tinglado roto
que me llena de azul
y de distancia.

La patria es este espacio
que recorren mis manos
donde tu cuerpo
tiembla como un río
y me vuelvo niño
de repente.

Laberinto

No podré ya
ver nuevamente mi rostro
no podré si quiera
recordar tu nombre.

Con la marea
el agua dejará la ciudad
casi desnuda.

Alguien ríe
en la profundidad
del mundo.

Tan bello
ruge el miedo.

Otoña y cae mayo
en mi sombrero
dejo los sitios inmensos de mi niñez
la mirada serena
de mi padre
más clara
que mi memoria.

Dan las doce
y no puedo
soltarme de tu pelo.
Llueve mucho en Buenos Aires
en esta soledad
en tu mirada.
Llueve extensísimamente
y me desbordo.
como los ríos
en el monte
me deshago
y me desbordo.

Alcazaba

Una torre bajo la lluvia
mira un mar
que no es el mismo.

Cuatro islas

Sube el viento
por tu espalda.

La sube
y la navega
todo el viento.

Relincha el animal
furioso de tu cuerpo.

Se recuesta y cae
como una gota
más, infinita
como todas las cosas.

Tarde

Cuando es muy tarde
en la plaza de las ninfas
me recuesto en un banco
y me alejo de mí
todo lo que puedo.
Frío y fugacidad
como si no fuese yo
quien muere.

Hace frío en Madrid
y llueve lento.
Llueve con realeza
sin patria
sin certeza
y sin calma.
Llueve y me quedo
al fin
en tu sonrisa.
Lejos, muy lejos
tu boca arde
en el monte.

Es primavera
en un lugar
del universo

Rápido trepa la luna
sobre el cielo de Cerbere.
Dos torres
para la creación del mundo,
dos luces conteniéndolo
todo.
Ahí va la luna
por un mar mediterráneo
roja y sola
espejo y forma.

En el puente de la Piedad
recuerdo tu nombre.

Otro hombre
regresa del mar.

Venecia

La figura de un dragón,
un laberinto.

Thomas Mann

un mito que regresa.

Agua para tus ojos,

una máscara

para mi pena.

Dejo Barcelona
para meterme en tu cuerpo.
Para cruzar
tu garganta solitaria.
Puede que el invierno
se quede aquí,
que este frío gris
dure otra tormenta.
Yo me voy de aquí
sin dar la espalda
un jueves de febrero
por tu boca.

Baladí

Por la puerta
de la Justicia
dejé Granada.

Agua de las escaleras
y de las fuentes;
formas y números
que pronuncian
un nombre.

Un pájaro se eleva
sobre las ruinas
una flor sobre la hierba
trepa tu pelo.

La odalisca de Fortuny

Una mujer mira la noche
entre la seda roja
de su cuerpo.

El humo de la alcoba
es una serpiente
que sube por sus piernas
y la devora.

El beduino está ahí
con un citar
en la mano morena,
yace sentado a la sombra
de una mujer
que mira la noche.

Ha danzado con fuego,
durante horas ha danzado
entre los ojos tibios de la gente;
y ahora que huele a amanecer
yace sola
casi desnuda
entre el humo que gira
sobre la seda roja de su cuerpo.

El musgo cubre
la piedra de los reyes
y cotidianamente
dibuja el cielo,
el sexo de los vientos.
Nos iremos.
Me iré.
Y habrá sido
un día de verano.
Catedrales inmensas,
palacios grises,
hundiéndose
en el último sol.
Arena de los siglos
el río donde todo pasa.
Y habrá sido
un día de verano.

Mercado

En el grito
de los vendedores
una canción regresa
en romanos barcos
por el mar.

Oriente

Es la estación
de la lluvia
en mi recuerdo.

Un Puente de Seda
uniéndose despacio
a todo.

El mundo renace
ante mis ojos.

Siete poemas y un mandala

De todos los sitios
que abracé
solo en este lugar
queda mi voz.
Nervadura clara
enredada en el viento.
Voy cruzando la piedra
mientras vivo
y vivo
para no volverme
piedra.

Mandalas los cardones
sobre la tierra ardiendo,
sobre la tarde sin fin
de la salina,
formas que se mueven
que se buscan,
cuerpos que se van
a los confines blancos,
a la tristeza.

Mandalas los cardones
sobre la tierra ardiendo.

Una gota.

Una mágica gota
sobre los pasillos ciegos
de la gran salina.

Cubriré tu frío
con mis manos
y de ser necesario
haré fuego con mi boca
y arderá toda la tierra,
porque no te sientas triste
porque el invierno
no te canse.

Cubriré tu frío
con mis manos
no dejaré que el viento
te lastime.

Me quedaré de pie
como los molles
hasta que todas las cosas
vanamente pasen.

Me quedaré de pie
como los molles
como mistoles
hasta verte florecer
de nuevo.

Mi hijo apura la noche
porque al amanecer
regresará su madre.
Lo miro y pienso
comprendo que es posible
crear el universo,
pedirle al día
que se marche
cuando el pecho no alcanza
para tanto dolor.
Entrarle a la noche
con su sueño esperanzado,
a la mujer,
a la madre.
Mi hijo cabalga la noche
como un potro
nacido en la creciente
relincha su pelo
avanza.
Y cuando nostalgia
el alma
amanece toda llena de dicha
la mañana.

Te dejo ir
partir
desde el pequeño paraíso
de estas manos
desde mi soledad
desde una rama.

Te dejo ir
partir.

Y haré señales.
Conjuros a la hora
de tu espacio,
dibujos en tu espalda.
Dejaré señales
y el viento regresará
para llevarlo
todo.

Parecen gente las palmas
al costado del camino
por el monte chancaní.

Parecen gente
 tan solas
resistiendo el viento
que seca la sequedad
hasta ser polvo.

Parecen gente las palmas,
fantasmas
que repiten al sol
la misma senda
tan solas
como si fueran hombres
perdidos
en un mar de piedra abierta
por el monte chancaní.

De los cerros del sur
me corresponde
cuidar tu cansancio
ver por dónde vas,
estar a tu lado.

De los cerros del sur
me corresponde
abarcarte
toda.

Peñon de guerra

Regresado
de mujeres intensísimas
de fuego
de pura primavera
en el color
humilde de la siesta.

Regresado
inmortal
despedazado
fruto, conjuro al sol
daimón.

Una palabra
en un papel
que el río lleva lejos,
muy lejos.

Voy a cerrar mi voz
este verano
dejar que la lluvia caiga
natural por mi garganta
dejarme llevar,
llorar mi espalda
llorar hasta quedar
seco en el cielo.
Y que el viento
me acaricie
todo el viento
mano buena y bendita
de mi padre.

Con alegría observo
mi costado
mi herida
mi mano.
la vida que sucede
gota a gota.
Y no hay por qué
ponerse a pensar
en el origen
del mismo universo.
Acaso no hubo origen
y la simple simpleza
de esperar
tu mano
en la afiebrada noche
es el milagro
y la alegría
eterna.

La caverna

*“y cuando haya llegado a la luz
libre, podría ver nada de la multitud de objetos
que llamamos reales”*
La República, Platón

Debajo de la piedra
éramos felices.
Burlábamos la muerte
con dioses y deseos,
con mentes erguidas
en el barro.
Hijos de la serpiente
la serpiente regresó
y se dijo profeta.
Vivíamos felices
debajo de la piedra
ignorándolo todo
carentes
insensatos.

El texto

Agradezco al profeta
los pájaros.
Que mengüe aquí
para que viva aquello.
Con el aire que llega
después de la tormenta,
digo que la palabra
es voraz.
Hora la profundidad
de tu boca,
hora el horror
de los incendios.

Legado

Nada como esta voz.
En ella, la mansedumbre
en mí,
el grito en mí
la rara calma.
Esto quiero dejarte:
la voz que me averigua
y me frecuenta,
la que me lleva adentro
la que llueve.
Sólo ella regresará
hasta ti.
Hijo mío
yo he de morir
una vez
y para siempre.

Después del sol
donde se esconde la tarde
tengo un lugar
una piedra enorme, clara
y hierbas azules que alivian
el ardor.

Tengo ritos, convicciones
venenos si fuera necesario
palabras como garras
un diluvio,
lluvia que de mis ojos
corre tanto,
un corazón al sol
y menta
junto a un río.

En agosto
una vieja trajo caña
y ardió la noche
en la garganta.
Uno a uno
se fueron los demonios
para que agosto
no secreteara
con la muerte,
una vieja trajo caña
y ruda
dijo, por ocultos designios
de la mente,
para que el corazón
no descienda esta quebrada.
El primero de agosto
una mujer
conjuro en la piel
magia
y deseo.

Claro

Es un pequeño invierno
en la ventana,
un regreso frío
a lo poco de la luz
al aire detenido
entre las piedras.

Es un pequeño invierno
en la ventana,
un puñado de luz
cayendo
 blanco.

Partida

Como los ríos me voy
con mis orillas,
con mi cauce
con mi profundidad
de pájaro
y de hiedra,
como los ríos
como la blanca arena
como el agua manantial
como las piedras
me alejo
y todo se detiene.
Me voy.
Me voy, ya no regreso,
esto que ves:
es otra ausencia.

Era junio
y las nubes se aplastaban
contra la aldea.
Todo era sueño.
Desde un peñasco,
al sur,
un hombre agitaba con fuerza
su tristeza.
Y su tristeza
se convertía en viento.

Brindis

Por la proximidad
de tu espalda,
al amparo de tus ojos,
verano que habito
en la cintura
de noviembre.

Llueve quebracho blanco
sobre tu pena
cuando el viento de agosto
trae una vieja canción.
Ríos para tu risa
panaderos en las nubes
una flor.

El juego

De seguro
jugarás a algo
alguna vez
o dejarás
que se lo lleve
todo
la tristeza?

Verano

Felices de regresar
las cigarras cantan
en un bosque de algarrobos
vértigo y deseo
en la siesta
de Tuclame.
El río crece
otra vez
y ya nada
 es lo mismo.

Tacto

Como nunca tu voz
lluvia buena que cae
sobre las piedras
sobre la vasta soledad
de estas manos.

Destino

La distancia de la luz
hasta mi cuerpo,
un río
y una llanura inmensa,
la blanca esfera de la luna.
Todas estas cosas
me fueron dadas
todo esto es mi destino;
íntegro de mí
por el desierto,
viejo
como siempre fui,
potro de las tormentas
sierra al sur,
ajeno.

Pacto

Puede que más noche
nos venga la nostalgia
y por un instante
hagamos lo acordado.

Puede que haya otro
detrás de mi mirada
y la niebla deje signos
en la arena.

Puede más conmigo
tanta prisa
de andar y ser constante,
cotidiano.

Y me ruge el deseo
de ser tigre
me urge ahora
en mi costado,
en la garganta,
en el gesto que doy,
en esta espera.

Me lleva la vida
tanto intento,
me urge esta sed
en tu mirada.

Hay fuego sobre los cerros
pena
y un olor áspero y triste
sobre el valle.
Corre mucho fuego
sobre los cerros,
dragones con ira y humo
arrasándolo todo.
La blanca flor del cedrón
espera,
el mundo girará
como el río
que ahora mismo
nace en una estrella.

Duele aquí
en el sitio
 de las espesuras
en el rencor,
en el gesto que arde
con los talas.

Duele niño
remiendo del lucero
luciérnaga muriendo
en la mano morena,
arenal movedizo
 de la siesta.

Madre deja abierta
la cocina
y no hay nadie
 en casa
 nada.

Carnaval

Más allá de los cerros
febrero huele a albahaca,
diablos en la piel
y todo el vino
perfumando la tierra.

Albahaca

Me alcanza
la luna de noviembre
para jugar
 con tu pelo
bajo el agua.

Navidad

Ese dios
ese dios
que acaba de nacer
es un niño
ante una mujer
desnuda.

Caín

Cachorros malparidos
por las estrellas,
mordería la noche
y no me importa
qué es lo que queda
del otro lado
de la mañana.

Final

Querida de mi alma,
te dejo unos poemas
en el abrigo que uso
en los inviernos.
Y en esta despedida,
la memoria del viento.

Enebro de Andrés Utello. La poesía como aventura interior.

Esta poesía encierra en bellas imágenes un itinerario de dolor, una peripecia cumplida conscientemente expresada y una clara apuesta al valor revelatorio del lenguaje. Se percibe en sus páginas una ausencia, un infinito duelo, y una consolación mediada por la palabra que no apaga el fuego de la pasión doliente. La tierra palpita en cada verso de estos poemas elementales; el aire es viento que barre los tiempos, el fuego recorre los cerros y purifica las habitaciones; el agua, conectora de mundos, es una constante que se manifiesta en lluvia, lágrimas, río, mar.

El registro emocional es amplio e intenso, abarca el terror, la furia, el desgarramiento, la espera, la ternura, el despojamiento, la serenidad. Las dos partes más extensas del libro, una veintena de poemas cada una, fueron separadas por un intermedio de “siete poemas y un mandala” que según pienso lo forman los poemas mismos. De algún modo todo el libro es un mandala construido como “peñón” de resistencia ante el desgarrar existencial que azota al sujeto creador y, con proyección más amplia, a la criatura humana.

Desde el primer poema, una voz desnuda asume la primera persona para definir la subjetividad del poeta: “Soy un animal herido” nos dice, “un grito, una tormenta nacida y muerta en el relámpago”. Dice también –desde el texto de Borges que fue adoptado como epígrafe- su fe en la palabra, reconocida como afirmación de salud, de esperanza final.

Distingue al poeta una mirada cósmica, la conciencia que le permite recorrer el mundo en estado de vigilia, llevando a cuestas su bagaje de imágenes, tiempo vivido, recuerdos amados. Una atmósfera elegíaca relaciona las ciudades, los paisajes que el viajero recorre y sintetiza en pocos trazos. Lleva consigo otro paisaje entrañable, el monte, la casa, la infancia, el enebro, la menta junto al río, “un lugar”, la mirada del padre. Con pocos elementos ha configurado Utello un mundo propio, intransferible, donde el yo y el mundo se unifican en metáforas vegetales y animales. Esa unidad efectiva e imaginaria es su mandala, su piedra mágica, el tejido que sostiene su lucha y su poesía.

La lluvia es el elemento unificador que ilumina los diferentes espacios del libro, las ventanas que son incapaces de saciar la subjetividad herida del viajero. En Madrid, en Venecia, en un bar de San Telmo, es el exiliado que espera, acompañado de un pájaro embravecido.

El mundo aparece como misterio y laberinto (“Un dragón acecha”, “Alguien ríe en la profundidad del mundo”). Asoma el tú amoroso y también el tú del hijo a quien se halla dedicado el mensaje, el legado, la despedida.

La continua introspección muestra las variantes del yo, íntimamente unido al cuerpo que sufre y brama, o alejado de él por cierto esfuerzo ascético

“relincha el animal furioso de tu cuerpo”
“me alejo de mí”
“como si no fuese yo
quien muere”

El mundo es un escenario dramático en que el alma juega el sentido día a día.

“el mundo renace
ante mis ojos”

Los “siete poemas” han sido colocados en el centro del libro como su clave última. Allí aparece la figura del hijo y el dolor irreparable de la amada perdida. Es un combate entre el dolor que todo lo inunda y la voluntad estoica que impone su designio:

“Dejaré señales
y el viento regresará
para llevarlo
todo”

La tercera parte titulada “Peñón de guerra” se inicia con ese símbolo de resistencia: peñón, peña, roca. La guerra no ha cesado pero la conciencia es otra: “regresado/inmortal/despedazado” vuelve el viajero de las ciudades, el frequentador de los infiernos de la muerte, para comunicar la “rara calma” de su serenidad filosófica. Por sus versos fluye la sapiencia duramente alcanzada, la comprensión del mundo y de la vida que ha llegado a imponerse sin aplacar el desgarró. “Esto quiero dejarte” dice al hijo; con temple horaciano, y habla de sus haberes: “tengo un lugar” “un corazón al sol/y menta junto al río”. Ese lugar obviamente, no se refiere solo al monte, al lugar natal; se trata de un lugar espiritual, el horizonte alcanzado, el cielo de la rayuela.

Se inscriben naturalmente en este umbral del espíritu el rito purificador del 1° de Agosto, que una mujer popular ha llevado a su casa quemando ramas en las habitaciones, y el símbolo de la Navidad, que comunica el nacimiento de un dios en la imagen del niño junto a su madre desnuda. Nos acerca así el corazón del símbolo despojándolo de vestiduras accesorias.

El poeta transmite la serenidad lograda en su “temporada en el infierno”. Condensa un temple filosófico que lo ha conducido a la lúcida aceptación del destino: “un río y una llanura inmensa/la blanca esfera de la luna/todas estas cosas me fueron dadas. Todo esto es mi destino. Se ve a sí mismo como siempre lo fue.

“potro de las tormentas
sierra al sur
ajeno”

pero indudablemente su temple ha cambiado, como el rumbo de sus imágenes. Evoca la casa de la infancia, vacía, yerta, pero también pesa la felicidad del amor, la riqueza del instante pleno.

“me alcanza
la luna de noviembre
para jugar

con tu pelo
bajo el agua”

Utello ha sabido expresar el dolor físico y metafísico del hombre sobre la tierra, su periplo de agonía, sus atisbos de eternidad. Su poemario, traspasado de dignidad desafiante, hace lugar al sentido agónico universal ante la muerte, el mal, el absurdo, el sinsentido.

La lectura de este libro-mandala depara a todo lector sensible momentos de catarsis, muerte y resurrección espiritual. Es una nueva prueba de que la literatura no se crea en vano, transcurre en el espacio del lenguaje y al mismo tiempo en el atañor interior del alma para transformarle en un centro irradiante de luz.

Graciela Maturo

CONTRATAPA

“Lo que yo he visto en Andrés Utello como poeta, va más allá de la creación artística, va hacia la completa serenidad de una mente que ha vivido muchos siglos a través de sus poemas”

Manuel del Cabral (Rep. Dominicana 1907-1999)

Andrés Utello ha convertido la imagen poética en imagen de situación. Nos revela no solo la vitalidad de una poesía elevada por su concepto, sino la transfiguración que surge de la evocación de una tierra que ama.

Juan Jacobo Bajarlía

Un mundo de experiencias esenciales, de sensaciones que están a cubierto de la “voracidad” de nuestro tiempo, es elegido por Andrés Utello desde su iniciación literaria a principios de la década del 80.

Alberto Luis Ponzo.



DATOS DEL AUTOR

[andres.utello@facebook.com](https://www.facebook.com/andres.utello)

ANDRÉS UTELLO nació en Buenos Aires en 1962. Reside en San Marcos Sierras, Provincia de Córdoba. Es creador y organizador del “Congreso Internacional de Poetas y Escritores en San Marcos Sierras”, en sus cinco ediciones entre los años 1997 y 2005, que fueron declarados de interés Municipal, Provincial y Nacional.

Coordina talleres literarios en la región.

Obra poética:

Entrecuerpos (1984), Lunario (1986), La danza del sol (1990), Relámpagos (1996), Hojas elementales (1999), Aguafuerte (2002), Enebro (2005), El Último Padre (cuaderno de poesía, 2007), Mandala (2009).

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in utelllo_enebro.epub.

